

innumerable cantidad de imágenes de la Virgen, que hacían que Eugenia llamara á la Catedral «iglesia mariana»... La dinastía de pintores poblanos se había empleado en retratar á la Señora en todos los trances de su vida. Desde su infancia, llena de poesía, hasta su gloriosísimo tránsito, todo estaba allí: ya aparecía en sus desposorios con José; ya celebraba el reverdecimiento de la vara; ya huía á Egipto para librarse de las asechanzas del Tetrarca. Por mano de Ibarra, le entregaba el templo San Miguel; por la de Echave, le rendían adoración los pastores y los magos; por la de Cabrera, se la veía seguir el camino del Calvario, triste y afligida, clavadas al pecho las siete espadas del dolor más hondo que ha sufrido criatura humana. Pero Eugenia no gustaba de ver triste á la Virgen; agradábale más verla subir al cielo rodeada de ángeles, aclamada por coros y dominaciones, y sentarse á la diestra del Padre. Amaba particularmente un ingenuo fresquecillo, colocado en una bóveda y en el cual la Madre de Cristo se sonreía tan dulcemente, que Eugenia gozaba como si bajara la Madona á secar las lágrimas de todos los tristes. Sentía menos, pero también le amaba ardientemente, aquel gran lienzo que hace juego con el *Triunfo de la Iglesia*, que de Rubens copió Baltasar de Echave el mozo. María, rodeada de bienaventurados del cielo y de potestades de la tierra, mira á la postrada multitud que la apellida *Reina de la paz*, *Reina del amor*,

*Reina de los corazones, Reina del cielo y Reina del mundo...*

Eugenia experimentaba como si alguien se le hubiera metido furtivamente al corazón y se le hubiera transformado de todo en todo, volviéndosele de materia más suave y delicada. Hablan los teólogos del encuentro con Cristo, que se presenta cuando menos se piensa y remueve lo que más oculto estaba; pero Eugenia no sentía la influencia del juez que ha de venir rodeado de gloria y majestad á juzgar á vivos y muertos, sino la de la dulce mediadora que ha de apaciguar la cólera divina...

Hurgaba en todas las capillas, visitaba todos los altares, se recreaba lo mismo en las imágenes que en los retratos. Las esculturas de los Coras la hechizaban por sencillas, y mirándolas, casi inconscientemente repetía el gesto de apretar la boca para empequeñecerla, que es común á las vírgenes de esos maestros; sentía escalofríos de terror con el rostro cárdeno de un Jesús atado á la columna, chiquitín y barbudo, que la miraba con ojos espantados, y se deleitaba con la luz que irradiaba un bellissimo San Gabriel... Solía pararse también á mirar los cuadros en que están retratados de rodillas los canónigos de los cabildos viejos, postrados ante tal cual imagen y rindiéndole adoración y culto de latría.

Había acabado Eugenia por conocer á todos los capitulares y por saber sus costumbres. Éste sufría de una horrible dilatación de estómago, y la digestión le pro-

ducía sueño invencible; aquél adolecía de una tortícolis y andaba como becerro que llevaran los caporales cogido del pescuezo; el de más allá incurría en la tontería de rasurarse el pelo de la cabeza para aparecer *frentón* y con *entradas*, y todos eran viejos, reumáticos, tísicos, inútiles y desocupados. ¡Qué diferencia con aquellos eclesiásticos morenos, de pera y bigote negros, con canjilones y chorrera de encaje de Flandes, que de seguro habían ceñido espada y luchado por Palafox contra los jesuitas!

Entre dos y tres la iglesia estaba tan fresca, que Eugenia sentía placer en acomodarse en las bancas cercanas á la crucía y en oír el rezo de los canónigos. La arrullaba aquel *gori-gori* continuado, apenas interrumpido por el gongeo del órgano y los cantos de los chicos del coro. Después quedaba todo en silencio, y sólo conocía la Jecker



que iba haciéndose tarde, en que los azules y los rojos de las vidrieras empezaban á atenuarse y á perderse hasta llegar á no tener color, y en que se levantaba del confesonario el sacerdote que, con un pañuelo al oído, había durado la tarde entera resolviendo las dudas de una beata escrupulosa.

Eugenia regresaba entonces á su casa, rendida de cansancio y deseosa de no hablar con nadie. Sin embargo, no se escapaba de la visita de las Vacas, de las Sedeñas y del casullero, que cada día estaban más edificadas con la piedad de la nueva inquilina. Todas las conversaciones eran como ésta:

— Mañana, fiesta de segunda, procesión de vuelta entera, rogaciones de campana, canto de letanías mayores con las preces acostumbradas para los Santos patrones...

— ¿Qué creen que me dijo ahora el padrecito Lara? Muchacha, eres tan grandona como una de esas mujeres de la Biblia que están pintadas en el altar de los Reyes... y así de guapa.

— La torta del cielo no tiene chiste: se limpia y remoja una libra de arroz, se muele y se pone á cocer con seis cuartillos de leche, hasta el punto de manjar blanco...

Luego seguía la eterna relación de milagros. La Virgen de la Conquista, la de la Manga, la de las Nieves... todas tenían su leyenda piadosa, ingenua y cándida

hasta hacer reír á los incrédulos y llorar á los limpios de corazón.

Y así pasaba la vida, escribiendo cartas, leyéndolas y visitando iglesias. Una noche interrumpió aquella monotonía la llegada de dos nuevos vecinos, padre é hijo, que se habían mudado por la mañana y andaban corriendo la circular de rigor.

El viejo era de edad como de ochenta años, desdentado, flaco, sin pelo en la cabeza; pero, eso sí, enhiesto y con ademán de fiereza: á legua se le conocía la profesión militar. Estaba rasurado de barba y bigote; la nariz era ganchuda, acentuada y con un exceso de carne hacia la punta, lo que daba al órgano del olfato gran ventaja respecto de la boca, en que no existía un solo hueso y con la cual la nariz reñía descomunal combate, aunque sin



lograr vencerla porque nunca la encontraba. La piel no sólo era arrugada, sino negruzca á trechos, como la corteza de esos árboles que van careciendo de savia por la edad; los ojos tenían encima una tela azulada y la luz de la pupila llegaba como de regiones distantes, como de países de leyenda, misteriosos é ignorados. El traje del viejo consistía en pantalón de dril blanco, chaqueta azul de paño con botones dorados y gorra negra con la borla para la frente. Se llamaba don Juan de Mata Romo, y había llegado á comandante de batallón durante las guerras civiles.

El hijo estaba entre los veinticinco y los treinta; era guapo, moreno, de barba negra, de ojos brillantes y de cejas tan acentuadas que parecían un brochazo de tinta de China aplicado con vigor. Las Vacas le declararon en seguida el retrato del San Ignacio de Loyola, por Olivares, que cuentan fué esculpido con arreglo á una mascarilla del Santo. El buen mozo se llamaba Antonio.

Algo quería comunicar Eugenia á don Bernabé una mañana, y no hallándole en el cuerpo de la iglesia ni en el coro, ni en la sacristía, entró hasta el cuarto de los tapices. Desde la puerta de la sala capitular vió á un sacerdote alto, pálido, narigudo, cojo y de ojillos brillantes, que hablaba con un seglar viejo, calvo, trigueño y con voz de confesonario.

— Desengáñese, señor Magistral; estos pícaros tenían

que acabar como empezaron... Hacían creer que el cinco de Mayo era la mayor victoria que se había registrado en el mundo, y ya ve usía el resultado: hoy le traen casi moribundo, y Dios ha de querer quitarle la vida en que tanto mal ha hecho.

— Dios es misericordioso, señor Licenciado, dijo el Magistral frotándose las manos, y quizá piense impedir que siga su carrera de crímenes... Pero quizá no haya fallado en esto obra humana... ¿me comprende?

— Si usía no se explica, señor Magistral...

— *Secreta non vult pandere, horret sigillum*

*frangere...* dijo el Magistral señalando la estatueta de San Juan Nepomuceno que se hallaba en medio de la pieza.



Salieron en esto los dos amigos y encontraron á Eugenia embobada mirando á Ulises arribar á la isla de Calipso; á Beleforonte y á la Quimera; á Vulcano y á sus bodas, y á Marte, bello y sonriente, repartiendo dones á los mortales. En este instante llegaba don Bernabé sudoroso y apresurado.

— Sedeño, dijo el canónigo, sin mirar siquiera los tapices, que me lleven á casa mi manteo y mi breviario...

Apenas hubieron salido, le faltó tiempo á Eugenia para preguntar á don Bernabé:

— ¿A quién traen moribundo? ¿Quién es ese pecador que debe morir?

— Zaragoza, el gran Zaragoza, el héroe de usted, el del cinco de Mayo, que llega mañana malo de tifo... Hay muchísima enfermedad en el campamento, y es seguro que ésta no la cuenta...

— Y... ¿repite el tifo?

— No siempre, pero se dan casos.

Apagó don Bernabé, con los dedos mojados en saliva, la pavesa de una vela que llevaba en la mano, y Eugenia se quedó sentada en una banca, cerca de la capilla de San Eligio. Permaneció un rato sin ver ni oír nada; luego sintió que se le llenaba de agua la boca; después un dolorcillo en el vientre, y al fin arrojó lo que guardaba en el estómago.

Esa tarde fué Eugenia á ver la capilla del Rosario,

en el convento de los dominicos. La iglesia no tenía nada de particular; era larga, angosta, mal cuidada y hasta pobre; mas caminando hacia la izquierda se descubría, tras un cancel, la maravillosa capilla dedicada á la Virgen. Era un milagro hecho piedra; una joya cincelada, repujada, miniada y esculpida con primor y cuidado de artista escrupuloso. Es un solo motivo de decoración que sube, baja, se entrelaza, se confunde, da vuelta á las columnas, trepa por los capiteles, rodea la cúpula, pasa por el altar mayor, recorre los vanos de las paredes y reaparece en todas partes: aquí sostenida por ángeles, más allá por niños, burlada en esotra parte por las hornacinas de las Santas Vírgenes, sirviendo de ornamentación á los retablos y alzándose triunfante en lo más elevado de la bella construcción... En los azulejos se veían los motes con que llama á la Gloriosa la letanía inventada por el prior de Osma; los niños tenían en las manos rosarios que ostentaban con amor; servía de tema á los cuadros el jardín florecido del rosario, y el rosario aparecía en las manos de la Virgen cargada de joyas que estaba en el nicho.

*Génie* quedó como deslumbrada; todo era blanco y oro; todo era una ornamentación plateresca, complicada como sencilla y rica por bella, sin que hubiera nada anti-artístico ni vulgar. ¿Quién sabe cuánto duraría sumida en aquella contemplación, cuando sintió que la capilla

daba vueltas, que el nicho de la Virgen se venía al suelo, que se confundía y barajaba aquella cinta inacabable, y que por fin le venía la basca como antes!

La muchacha pensó entonces, como iluminada súbitamente:

— Estoy encinta.

A poco llegó el sacristán con el manojito de llaves, y Eugenia tuvo que salir; pero, aunque se retiraba preocupada y con los ojos bajos, pudo ver dos figuras que se ocultaban de sus miradas. Una, no le cabía duda, era el buen mozo á quien había conocido en su casa días hacía; la otra era una mujer bien constituída, alta y guapa de continente... Se parecía á Manuela Vaca, pero de seguro no era ella...

Volvió la de Olivos haciéndose lenguas de la Capilla del Rosario, y Sedeño aprovechó la coyuntura para coger la hebra.

— ¡Pues ya lo creo que vale! Figúrese usted que allá, en el siglo xvii, cuando se estrenó, la llamaron *La octava maravilla de América*... La consagró el señor don Manuel Fernández Santacruz, y hubo siete días de fiesta en que predicaron siete sermones los siete superiores de las siete religiones que había entonces en Puebla... Figúrese usted si no serán unos infelices los pobres jacobinos que piensan acabar con el catolicismo, que ha levantado ese entre mil monumentos... Puebla será siempre la misma; de-

fenderá las creencias de sus habitantes, como las ha defendido tantas veces... Tirso está ahora con los franceses y me anuncia que pronto les tendremos aquí. ¡Que sean bien venidos!...

